

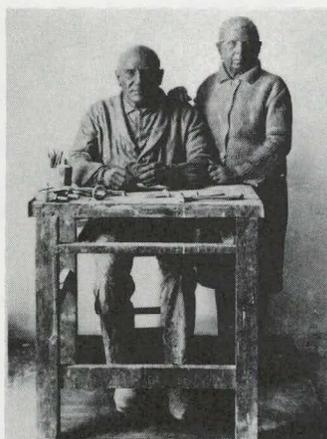
El Cuerpo Humano y el Artista

Mario Irarrázabal (*)

El cuerpo humano fascina al artista. Cuando se está tallando un bloque o cuando se está modelando con greda, a medida que va apareciendo la figura humana, se experimenta algo mágico que resuena en lo profundo. Para el artista el trabajo de la figura humana es un lento aprendizaje. Agotadoras sesiones frente a modelos desnudos en poses estereotipadas, nos dejaron un recuerdo tedioso. Pero al madurar en uno mismo la búsqueda creativa se vuelve a la figura humana con un fuerte ímpetu y renovado interés. Es normal distraerse observando la estructura ósea de un adolescente descansando contra una pared, o la de un anciano arrástrandose encorvado por la vereda.

Para nosotros, es tan hermoso el cuerpo, con sus distintos estados nos va relatando toda

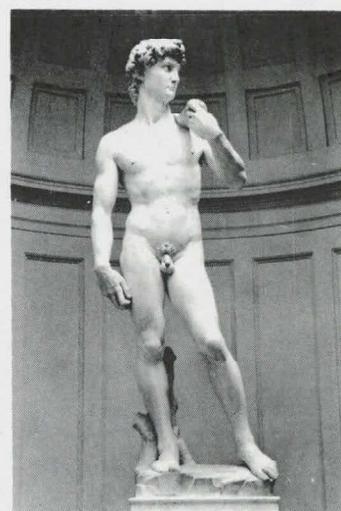
una historia. Tan bella es la mano de la novia como la de una anciana moribunda. Es que tal vez ya no buscamos tanto una belleza idealizada sino expresar una verdad semioculta. Es que el espíritu del hombre habita en ese cuerpo. En el cuerpo yo me oculto y me manifiesto. En él gozo y sufro. Y ésto es algo que al ocultar siente con naturalidad porque sabe que su trabajo es con la materia, ya sea piedra, madera, metal o deshecho. La obra de arte es materia transfigurada. El hombre es cuerpo transfigurado. Para el romántico idealista, sólo existe el cuerpo perfecto. Para el cristiano, podrá brillar una llamita en cada cuerpo, por crucificado que esté. Una llamita que bastará para transfigurar y dar sentido a toda postración.



Julio Hernández, España, 1964



Iván Mestrovic, Yugoslavia 1929



Michelangelo, David

(*) *Escultor Teólogo y Filósofo: Universidad Gregoriana, Roma.*
Master en Arte: Universidad de Notre Dame, Estados Unidos de Norte América.